

# PINOCHO

EN EL  
CAMPO DE  
LOS MILAGROS



EDITORIAL  
**TOR**

VIENE



00163286



*Morita*

**PINOCHO**

EN EL

**CAMPO**

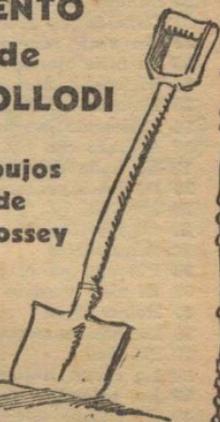
DE LOS

**MILAGROS**



**CUENTO**  
de  
**C. COLLODI**

**Dibujos**  
de  
**P. Fossey**



**E D I T O R I A L T O R**

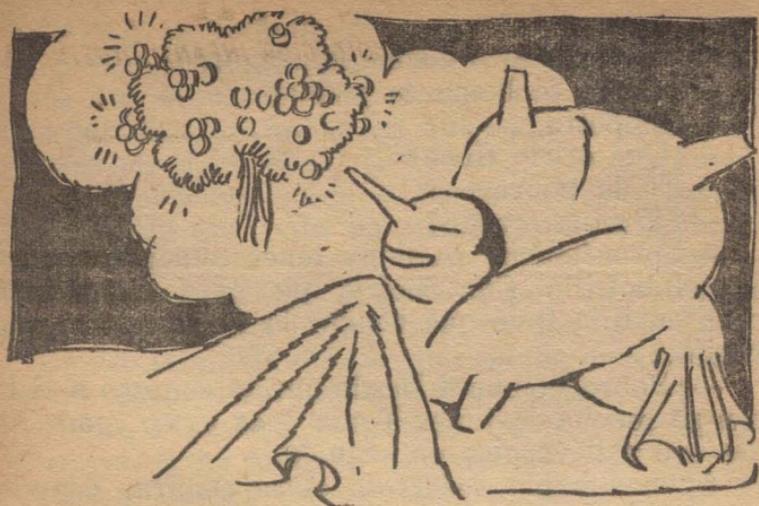
Rio de Janeiro 760 — Buenos Aires

# LA ABEJA

LA MEJORY MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de titeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Alí Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Caperucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del zorro
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hormiga
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del moro
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Apeninos a los Andes
- 30 Meñique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Cenicienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorigen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tanino el hormiguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododac
- 57 La amiguita de los pájaros
- 58 La señorita Scuderi
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constanca
- 61 Nicolásón y Nicolasiñ
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Brabante,
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia.
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feo
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia clegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos ruiseñores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



# PINOCHO

## EN EL CAMPO DE LOS MILAGROS

### I

#### *Los malos consejos*



INOCHO había ingresado en una compañía de muñecos de madera que dirigía el titiritero Tragafuego. Este, que se había compadecido de la suerte de nuestro héroe y, más que de la suerte de éste, de la del viejo Geppetto, que había construído a Pinocho sin recibir otra cosa que

disgustos, llamó aparte al muñeco y, refiriéndose a su verdadero dueño, le preguntó:

—¿Cómo se llama tu padre?

—Geppetto.

—¿Qué oficio tiene?

—El de pobre.

—¿Y gana mucho?

—Lo suficiente para no tener nunca un cobre en el bolsillo. Con decirle que para comprarme una cartilla tuvo que vender la única casaca que tenía...

—¡Pobre hombre! Desde que te conozco a ti le tengo mucha lástima. Toma esas cinco monedas de oro y llévaselas en seguida.

Apenas había recorrido cinco cuabras cuando encontró a un zorro renco y a un gato ciego, que caminaban despacito.

El zorro, al ver a nuestro héroe, le dijo, saludándolo cortésmente:

—Buenos días, Pinocho.

—¿Cómo sabes mi nombre? —le preguntó el muñeco, antes de responder al saludo.

—Porque conozco muy bien a tu padre.

—¿Dónde lo viste?

—Lo vi ayer en la puerta de su casa.

—¿Qué hacía?

—Estaba en mangas de camisa y temblando de frío.

—¡Pobre papá!... Yo tengo la culpa. Pero, gracias a Dios, desde hoy ya no tiritará, porque ahora su hijo es todo un caballero.

Y, al decir esto, sacó a relucir el dinero que le había regalado Tragafuego.

—¿Qué piensas hacer con tanta plata? —preguntó el Zorro.

—En primer lugar —dijo Pinocho— quiero comprarle a mi papá una linda casaca de oro y plata con botones de diamante. Luego adquiriré una cartilla para mí, pues quiero ir a la escuela y ponerme a estudiar de veras.

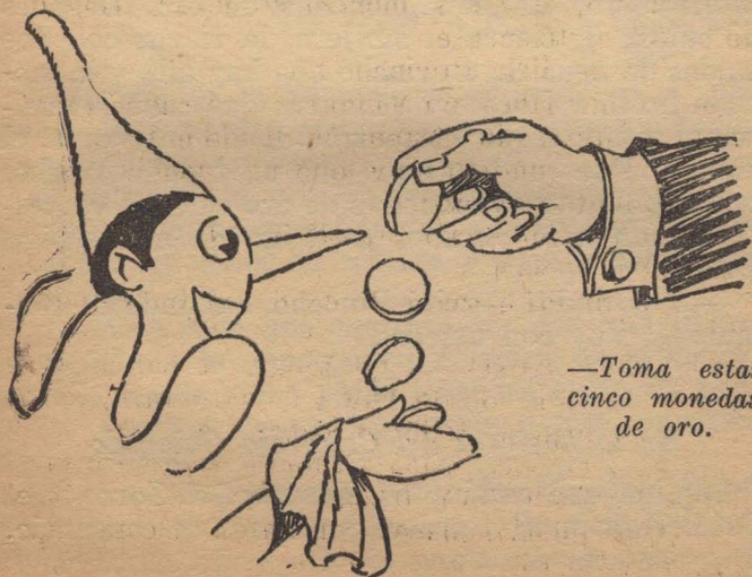
—¡Mal hecho! —dijo el Zorro—. Fíjate en mí. He perdido una pata por mi estúpida afición al estudio.

—Y yo —exclamó el gato—, por mi estúpida afición al estudio, he perdido los dos ojos.

En eso un mirlo blanco, que estaba encaramado en un cerco, silbó a su manera y dijo:

—Oye, Pinocho: No prestes oídos a los malos consejos, si no quieres arrepentirte.

¡Pobre mirlo! Más le hubiera valido cerrar el pico. El Gato, dando un salto, le cayó encima, y



—Toma estas cinco monedas de oro.

sin darle tiempo a decir ni pío, se lo comió de un solo bocado con plumas y todo.

—¡Pobre pajarito! —le dijo Pinocho al Gato

—. ¿Por qué lo trataste tan mal?

—He querido darle una lección. Así aprenderá para otra vez a no meterse en las conversaciones ajenas.

Había recorrido más de la mitad del camino, cuando el Zorro, deteniéndose, le dijo al muñeco:

—¿Quieres convertir tus cinco monedas de oro en cien, en mil, en dos mil?

—¡Claro que quiero! ¿Pero cómo?

—Es muy fácil: en lugar de ir a tu casa, te vienes con nosotros al País de los Bobos, donde hay un lugar bendito al que todos conocen por el Campo de los Milagros. Supongamos que tú vas a ese campo, haces allí un agujero y pones en su interior una de esas monedas de oro. Después de cubrir de tierra el agujero, lo riegas con dos baldes de agua de un riacho que hay allí, y la moneda brota y florece, de manera que cuando vuelves al campo, ¿qué encuentras donde enterraste el dinero? Pues nada menos que un frondoso árbol cargado de tantas monedas de oro cuantas correspondieran a los granos de trigo de una espiga lozana.

—¡Qué lindo! —gritó Pinocho, bailando de contento—. Voy con ustedes.

## II

### *En la hostería del Cangrejo Colorado*

Camina que caminarás, Pinocho, el Zorro y el Gato, llegaron al atardecer, muertos de cansancio, a la hostería del Cangrejo Colorado.

—¿Qué piensas  
hacer con tanta  
plata?



Entraron en la hostería y se sentaron a una mesa, dispuestos a comer, aunque ninguno tenía apetito, como veremos.

El pobre Gato, que tenía el estómago muy delicado, no pudo despachar más que treinta y cinco pescados en salsa de tomate y cuatro platos de mondongo.

El Zorro tuvo que conformarse con una liebre acompañada de unos pollos. Después de la liebre, se hizo servir como plato final un guiso de perdicés, conejos, ranas, lagartijas y uva moscatel como postre.

El que comió poco de veras fué Pinocho. Pidió una nuez y un pedazo de pan, y lo dejó todo en el plato. El pobre, con el pensamiento fijo en el

Campo de los Milagros, se había agarrado por anticipado una indigestión de monedas.

Terminada la cena, el Zorro le dijo al hostelero:

—Prepare dos de las mejores piezas que tenga: una para el señor Pinocho, y otra para mí y mi compañero. Antes de reanudar la marcha queremos echar un sueñecito; pero no olvide que a medianoche debemos ser despertados.

—¡Muy bien! —contestó el hostelero. Y les guiñó el ojo al Zorro y al Gato, como diciéndoles: “He comprendido”.

Apenas Pinocho se acostó, quedó dormido como un tronco y empezó a soñar. En el sueño le pareció encontrarse en un campo lleno de arbolitos cargados de racimos de monedas de oro que se mecían a impulsos del viento y hacían ¡tin-tin!, como diciendo: “Nos puede llevar el que quiera”. Pero cuando Pinocho alargó la mano para tomar puñados de tan lindas monedas, dispuestos a llenarse los bolsillos, tres fuertes golpes dados en la puerta de la pieza lo despertaron. Era el hostelero que venía a avisarle que ya era medianoche.

—¿Ya están listos mis compañeros? —preguntó el muñeco.

—¡Más que listos! Partieron hace dos horas.

—¿Han pagado la cena?

—De ninguna manera. Son demasiado educados para inferirle a usted semejante ofensa. Lo esperan en el Campo de los Milagros. Allí estarán mañana al despuntar el día.

Pinocho se levantó, pagó con una moneda de oro la cena suya y la de sus compañeros y reanudó la marcha.



*Pinocho hizo como le indicó su compañero.*

De pronto, en lo alto del tronco de un árbol vió un pequeño animalito que resplandecía con luz tenue, como si fuera una mariposa de velador.

—¿Quién eres? —le preguntó Pinocho.

—Soy el espíritu del Grillo que Hablaba— contestó el bichito con una voz ronca y débil que parecía llegar de ultratumba.

—¿Qué quieres de mí? —volvió a preguntar el muñeco.

—No te fíes de los que te prometen la riqueza de un día para otro.

—¡Tonterías! Buenas noches, Grillo.

—Buenas noches, Pinocho, y que Dios te salve de los asesinos.

### III

#### *El encuentro con los asesinos*

—Decididamente —dijo para su coletó el muñeco, mientras reanudaba la marcha—, los niños somos unos desdichados. Todo el mundo se considera con derecho a retarnos y a darnos consejos. Por eso no he querido hacer caso al espíritu de ese Grillo que una vez maté cansado de sus rezongos.

Iba Pinocho a continuar su monólogo, pero no lo pudo hacer porque le pareció oír a su espalda un leve ruido de hojas. Se dió vuelta y distinguió en la oscuridad dos figuras siniestras cubiertas con sendas bolsas de carbón, que le seguían los pasos en puntas de pies como si fueran horribles y malintencionados fantasmas.

—¡Caramba! Aquí están los asesinos —pensó. Y, no sabiendo dónde esconder las monedas, se las

metió en la boca, debajo de la lengua. Luego intentó huir, pero apenas había dado el primer paso cuando se sintió agarrado por los brazos y oyó dos vozarrones que le gritaban:

—Menos zalamerías, y venga el dinero. Larga lo que tienes, o eres hombre muerto. Y después de matarte a ti, mataremos de la misma manera a tu padre.

—¡No, no! A mi padre, no —exclamó Pinocho con voz desfalleciente.

Pero como, al hablar, las monedas le sonaran en la boca, dijo uno de los asaltantes:

—¡Ah! ¿Conque tenías el dinero escondido debajo de la lengua?... ¡Escúpelo en seguida!... ¡Te resistes? Pues ya verás cómo te lo sacamos.

Entonces el más bajo de los asesinos sacó un cuchillo y trató de introducirlo en la boca como palanca; pero el muñeco se le prendió con los dientes en la mano y se la cortó en redondo. Y, al escupirla, quedó asombrado al ver que en lugar de una mano de persona era la pata de un gato.

*El pobre gato, que tenía el estómago muy delicado...*



Ya envalentonado, se libró de las garras de los asesinos y, saltando el cerco más próximo, empezó a correr a campo traviesa. Y los bandidos corrieron detrás de él. Y cuando, después de un largo trecho, Pinocho comprendió que ya no daba más, se trepó a un pino muy alto y se sentó sobre una rama. Sus perseguidores intentaron llegar hasta donde se encontraba, pero apenas habían recorrido la mitad del tronco cuando cayeron al suelo con las manos y los pies despellejados. Sin embargo, no se dieron por vencidos. Juntaron leña seca, la amontonaron al pie del pino y le prendieron fuego. El árbol empezó a arder y a consumirse como una vela azotada por el viento. Pinocho, viendo cada vez más cerca las llamas, pegó un salto y se lanzó de nuevo a través de campos y viñedos. Y los bandidos detrás de él sin cansarse nunca.

El día los sorprendió en plena carrera. De pronto Pinocho encontró cortado el camino por un foso ancho y profundo lleno de agua sucia. Tomando impulso, consiguió saltar hasta el otro lado. Los malandrines siguieron su ejemplo, pero, por no haber calculado bien, fueron a dar de cabeza al agua. El muñeco, al oír el ruido del chapuzón, les gritó:

—Que el baño les aproveche, señores.

Y cuando, transcurridos unos minutos, se dió vuelta, en la creencia de que se habían ahogado, los vió corriendo tras suyo, siempre enfundados en las negras bolsas y chorreando agua sucia como canastos sin fondo.



*El zorro que-  
ría probar algún  
bocado liviano.*

#### IV

#### *Ahorcado*

Viendo que la persecución continuaba, Pinocho se sintió desfallecer y estuvo a punto de tirarse al suelo y darse por vencido. Pero al volver los ojos, vió blanquear allá lejos, entre el follaje, una casita de color de nieve. Después de dos horas de desesperado correr, llegó a la puerta de la alba morada y llamó, pero no acudió nadie a abrir. ¡Y oía cada vez más cerca el paso de sus perseguidores! Entonces empezó a golpear la puerta con los pies y la cabeza. Por fin se abrió una ventana y vió asomarse a una linda niña de cabellos azules y blanca tez, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. Parecía una imagen de cera. Sin mover siquiera los labios, dijo la niña, con una tierna voz que parecía venir del otro mundo:

—Aquí no vive nadie. Todos sus moradores murieron.

—Abreme tú, entonces.

—Imposible. ¡Yo también estoy muerta! Espero el ataúd que ha de llevarme.

Dichas estas palabras, la niña desapareció y la ventana se cerró sin hacer el menor ruido.

—¡Oh, linda niña de azules cabellos! —gritaba Pinocho—. ¡Abreme, por compasión! Apiádate de un pobre chico perseguido por unos ase...

No pudo terminar la frase, pues se sintió agarrado por el cuello, mientras dos vozarrones gruñían en sus oídos:

—¡Ahora sí que no te escaparás!... ¿Quieres abrir esa boca?... ¿No contestas?... Entonces, vas a ver lo que hacemos. Esta vez la abrirás aunque no quieras.

Inmediatamente le ataron las manos a la espalda y, pasándole un lazo alrededor del cuello, lo colgaron de la rama de una encina. Luego se sentaron sobre el pasto, esperando que el muñeco hiciera la última pirueta; pero después de tres horas tenía éste siempre los ojos abiertos, la boca cerrada y sacudía las piernas cada vez con más violencia.

Cansados de aguardar tanto, los bandidos se dirigieron al ahorcado y le dijeron con tono burlón:

—¡Hasta mañana, amigo! Para entonces esperamos verte con la boca bien abierta.

Y se fueron.

Tras una sacudida, Pinocho quedó como atontado pero tieso igual que un cadáver.

*La salvadora*

Mientras Pinocho parecía más muerto que vivo, la linda niña de azules cabellos se asomó de nuevo a la ventana y, sintiendo compasión por el ahorcado, golpeó tres veces las manos. Respondiendo a esta señal, un halcón fué a posarse en el alféizar.

—¿Qué deseas, Hada mía? —preguntó el ave, bajando el pico en muestra de respeto.

—Vuela hasta donde está aquel muñeco colgado, afloja con el pico el nudo que lo tiene suspendido y déjalo tendido sobre el pasto al pie de la encina.

Cumplida la orden, el pájaro regresó junto al Hada y le informó:

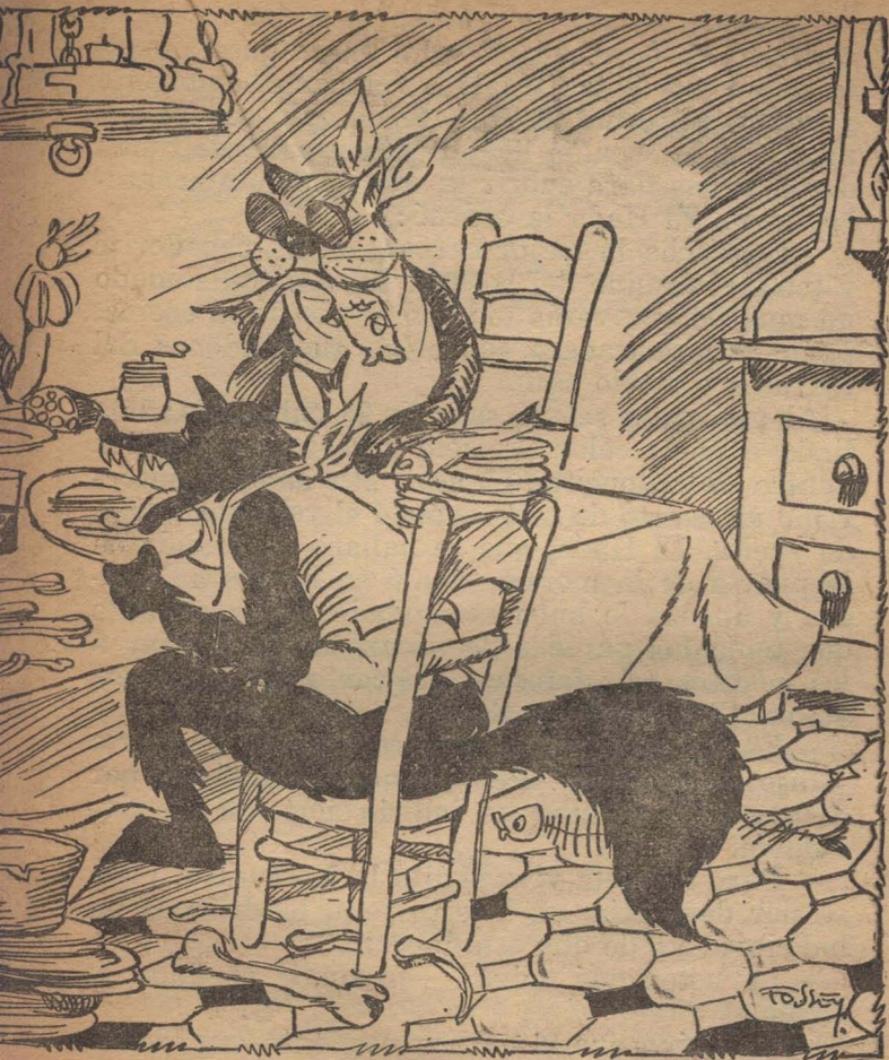
—Parecía muerto, pero no lo está, pues apenas le aflojé el lazo, dejó escapar un suspiro y dijo a media voz: “Ahora me siento mejor”.

—Buenas noches, grillo.





*Pidió una nuez y un pedazo de pan, y lo dejó todo en el plato*



*pobre, con el pensamiento fijo en el Campo de los Milagros...*

Entonces la niña golpeó dos veces las manos, y apareció un hermoso perro de lanas que caminaba sobre sus patas traseras como un hombrecito y vestía uniforme de cochero de gala con peluca blanca. A la espalda llevaba una especie de funda de paraguas para cubrir la cola cuando amenazaba lluvia. El Hada le ordenó:

—Engancha la mejor carroza de mi caballeriza y toma el camino del bosque. Recoge con cuidado un muñeco que verás tendido al pie de la encina, ponlo con delicadeza sobre los almohadones del carruaje y tráelo aquí.

Al poco rato se vió salir de la caballeriza una linda carroza color de cielo arrastrada por cien yuntas de ratoncitos blancos. No había transcurrido un cuarto de hora cuando el vehículo estaba de vuelta. El Hada, que se hallaba esperando en la puerta de la morada, tomó en brazos a Pinocho y apenas lo hubo acomodado en un cuartito que tenía las paredes de nácar, mandó buscar a los médicos más famosos del contorno: un Cuervo, una Lechuza y un Grillo.

—En mi opinión, el muñeco está bien muerto —dijo el Cuervo—. Pero si no lo estuviera, por desgracia, tendríamos un indicio cierto de que vive todavía.

—Para mí, está vivo —dijo la Lechuza—. Pero si, por desgracia, no lo estuviera, tendríamos un indicio cierto de que está muerto.

—¿Y usted qué opina? —preguntó el Hada al Grillo.

—Yo opino que el médico prudente, cuando no sabe qué decir, debe callarse. Por otra parte, este paciente no me es desconocido.

Pinocho, que hasta ese momento había perma-



*Empezó a correr a campo traviesa.*

necido inmóvil, al oír la voz del Grillo, se estremeció.

—Este paciente —continuó el Grillo— es un hijo travieso que hará morir de pena a su pobre padre.

Entonces se oyó el rumor apagado de un llanto. Era Pinocho.

—Cuando un muerto llora, es señal que está en vías de curarse —dijo sentenciosamente el Cuervo.

—Lamento tener que contradecir a mi ilustre colega —exclamó la Lechuza—. Para mí, cuando un vivo llora, es señal que se siente morir.

## VI

### *La mentira y el castigo*

Quando los tres médicos se hubieron retirado, el Hada se acercó a Pinocho y, al tocarle la frente, notó que tenía fiebre. Entonces disolvió un polvo blanco en medio vaso de agua fresca, y se lo ofreció al enfermo, diciéndole cariñosamente:

—Toma esto, y dentro de pocos dias estaras bien.

—¿Es dulce o amargo? —preguntó el muñeco.

—Es amargo, pero te curará.

—Si es amargo, no me gusta. No lo quiero.

—Tómalo. Cuando lo hayas bebido, te daré un terrón de azúcar para quitarte el gusto feo de la boca.

—Primero dame el terrón, y después beberé esa agua amarga. Te lo prometo.

El Hada le dió el azúcar; Pinocho se lo tragó en un segundo y relamiéndose de gusto, exclamó:

—¡Qué lindo si el azúcar fuera purgante! Te juro que me purgaría todos los días.

Entonces el Hada, con la santa paciencia de una madre, le puso en la boca otro poco de azúcar y le alcanzó de nuevo el vaso.

—No voy a poder tomarlo con la puerta de la pieza entreabierta.

El Hada fué a cerrar la puerta.

—¡Tampoco! —gritó Pinocho, estallando en lágrimas—. No quiero beber esto. ¡Es muy amargo!

—Te vas a arrepentir. Mira que tu enfermedad es grave. La fiebre te matará.

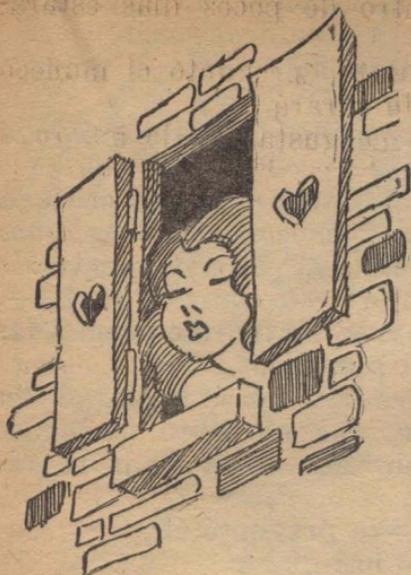
—Prefiero morir antes que tomar una medicina tan fea.

Entonces la puerta del cuarto se abrió de par en par y entraron cuatro conejos negros que llevaban sobre los hombros un pequeño ataúd.

—¿Qué quieren de mí? —gritó Pinocho, irguiéndose asustado—. Todavía no he muerto.

—Todavía no —contestó el más grande de los conejos—, pero te quedan pocos minutos de vida, por no haber querido tomar el remedio.

—¡Oh, Hada querida! —gritó entonces Pino-



*Vió asomarse a una  
linda niña de cabellos  
azules.*

cho—. Dame en seguida el vaso. ¡No quiero morir!... ¡No quiero morir!

Y se bebió el agua amarga de un solo trago.

A los pocos minutos Pinocho saltó de la cama. ¡Ya estaba curado! Deben saber ustedes que los muñecos tienen el privilegio de enfermarse muy rara vez y de curarse pronto.

El Hada, viéndole correr alegremente por la pieza, le dijo:

—Bueno, ahora me vas a contar cómo caíste en manos de los asesinos.

Pinocho relató al Hada todo lo que ustedes ya conocen.

Cuando hubo terminado, ella le preguntó:

—¿Dónde tienes las cuatro monedas?

—Las perdí —contestó el muñeco. Pero mentía, pues las llevaba en el bolsillo.

Mas apenas dijo la mentira, la nariz, ya excesivamente larga, le creció dos dedos más.

—¿Dónde las perdiste?

—En el bosque.

Y a esta segunda mentira, la nariz volvió a crecer.

—Si las perdiste en el bosque —le dijo el Hada—, las buscaremos y las vamos a encontrar, pues todo lo que se pierde en el bosque se encuentra.

—¡Ahora que recuerdo! —exclamó Pinocho—, no las he perdido, sino que, sin darme cuenta, las he tragado al tomar el remedio.

A esta tercera mentira la nariz se le alargó tan desproporcionadamente, que el pobre no podía darse vuelta por ningún lado. Y el Hada lo miraba y se reía.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó él.

—Por la mentira que has dicho.

—¿Y cómo sabes que lo que he dicho era mentira?

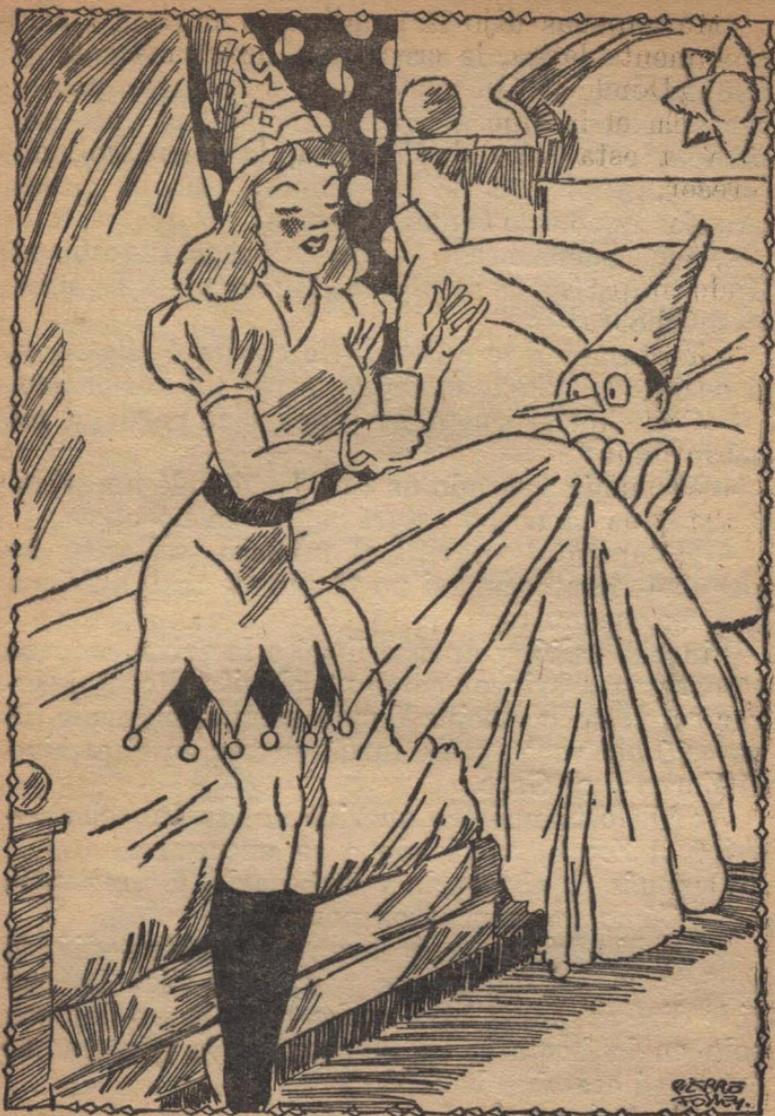
—Porque hay dos clases de mentiras: las que tienen las piernas cortas y las que tienen la nariz larga. Las tuyas, por lo que se ve, son de estas últimas.

Pinocho, muerto de vergüenza, intentó salir de la pieza, pero no pudo: había crecido tanto su nariz, que no le permitía pasar por la puerta.

## VII

### *Otra vez con el Zorro y el Gato*

Como es lógico, el Hada dejó que Pinocho llorara y pataleara durante una media hora larga a causa de la nariz enorme que no lo dejaba salir a la calle.



*Apenas lo hubo acomodado en un cuarto que tenía...*

Lo hizo para corregirlo del vicio de mentir, que es el peor que puede tener un niño. Finalmente se compadeció; golpeó las manos, y entraron por la ventana unos mil pájaros carpinteros que, posándose sobre el apéndice nasal del muñeco, empezaron a picarlo de tal manera que en pocos minutos quedó de tamaño natural.

—¡Qué buena eres! —dijo entonces Pinocho al Hada, mientras se secaba las lágrimas—. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero —le contestó ella—; y, si decides quedarte conmigo, serás mi hermano.

—Con mucho gusto me quedaría, pero ¿y mi pobre papá?

—Ya había pensado en eso. Le mandé un aviso, y antes de la noche estará aquí con nosotros.

—¿De veras? —gritó el muñeco, saltando de alegría—. Entonces, si no te parece mal, quisiera ir a su encuentro.

Pinocho salió, y apenas llegó a la selva, empezó a correr y a brincar como un chivito. Pero al llegar cerca de la encina donde estuvo ahorcado, le pareció oír voces, y no tardó en ver en el camino al Zorro y al Gato.

—¡Allí está nuestro querido amigo Pinocho! —gritó el Zorro, corriendo a su encuentro.

Después de abrazarlo y de besarlo, le preguntó:

—¿Cómo te encuentras por aquí?

—La historia es muy larga de contar —dijo el muñeco—. La dejaremos para otro día. Lo que sí le diré es que la otra noche, cuando me dejaron solo en la hostería, al emprender la marcha me encontré con dos bandidos.

—¿Y qué querían?

—Robarme las monedas de oro.

—¡Canallas! —exclamó el Zorro.

—¡Grandísimos pillos! —agregó el Gato.

—Pero yo me escapé —siguió diciendo Pinocho  
— y ellos me corrieron, y una vez que me alcanza-  
ron me ahorcaron en esta encina.

—¡Hay que ver las cosas que pasan! —dijo el  
Zorro, haciendo muchos aspavientos—. ¿En qué  
mundo estamos?... ¿No habrá refugio seguro pa-  
ra nosotros, las personas decentes?

Mientras el renco amigo iba hablando así, Pi-  
nocho notó que el Gato había quedado manco de  
la mano derecha, y le preguntó:

—Dime, amigo Gato: ¿qué hiciste de la patita  
que te falta?

El interrogado intentó contestar algo, pero se  
hizo un lío. Entonces el Zorro explicó el asunto  
de la siguiente manera:

—Mi compañero es demasiado modesto, y por  
esto no atina a contestarte. Lo voy a hacer yo por  
él. Resulta que hace más o menos una hora en-  
contramos en el camino a un viejo lobo que yacía



—Lamento tener  
que contradecir a mi  
ilustre colega.

semidesvanecido por el hambre. Nos pidió una limosna, y como no teníamos nada, el Gato, que tiene un corazón digno de un rey, se cortó con los dientes una de sus patitas delanteras y se la echó al pobre animal para que pudiera comer.

El bueno de Pinocho se estremeció de veras y, acercándose al Gato, le murmuró al oído:

—Si todos los de tu familia se te pareciesen, ¡qué dichosos serían los ratones!

—Bueno, ahora dinos lo que te trae por aquí — le preguntó el Zorro al muñeco.

—Espero a mi papá, que debe de estar por llegar.

—¿Y tus monedas de oro?

—En el bolsillo las guardo todas menos una, que tuve que dar al hostelero para pagar nuestra cena y hospedaje.

—¿No pensaste que, en lugar de cuatro, mañana podrían ser dos mil? ¿Por qué no vas a sembrarlas en el Campo de los Milagros?

—Hoy no puedo. Tengo que recibir a papá. Iré otro día.

—Otro día será tarde.

—¿Por qué?

—Porque ese campo lo acaba de comprar un caballero, y desde mañana quedará prohibida la siembra de oro.

—¿Queda muy lejos de aquí ese lugar maravilloso?

—Apenas veinte cuadras. ¿Vienes con nosotros? En media hora llegamos.

—Está bien. Voy con ustedes.

Y emprendieron la marcha.

Después de haber andado medio día, llegaron a una ciudad llamada Engañabobos. Las calles es-



—Estoy conforme, amigos míos...

taban llenas de perros despellejados que bosteaban de hambre; de ovejas esquiladas que temblaban de frío; de gallinas sin cresta que pedían un grano de maíz por caridad; de grandes mariposas que no podían volar por haber vendido sus lindas alas de colores; de pavos rabones que no sabían dónde meterse para que no los vieran, y de faisanes que lloraban sin cesar la pérdida de sus plumas de oro y plata.

Entre esta multitud de mendigos circulaban de cuando en cuando magníficas carrozas llevando un zorro taimado, una urraca ladrona o un pajarraco de rapiña.

—Ya hemos llegado —le dijo el Zorro al muñeco—. Ahora debes arrodillarte, cavar con las manos una pequeña fosa en la tierra y depositar en su interior las cuatro monedas de oro.

Pinocho hizo tal como le indicó su compañero.

—Ahora —le dijo el Zorro— debes ir a aquel riacho que ves allí, sacar un balde de agua, volver aquí y regar la tierra que cubre las monedas.

Pinocho, cumpliendo al pie de la letra las indicaciones del Zorro, fué al riacho y, como no encontrara allí ningún balde para llevar el agua, llenó un zapato suyo y regó la tierra donde había sembrado.

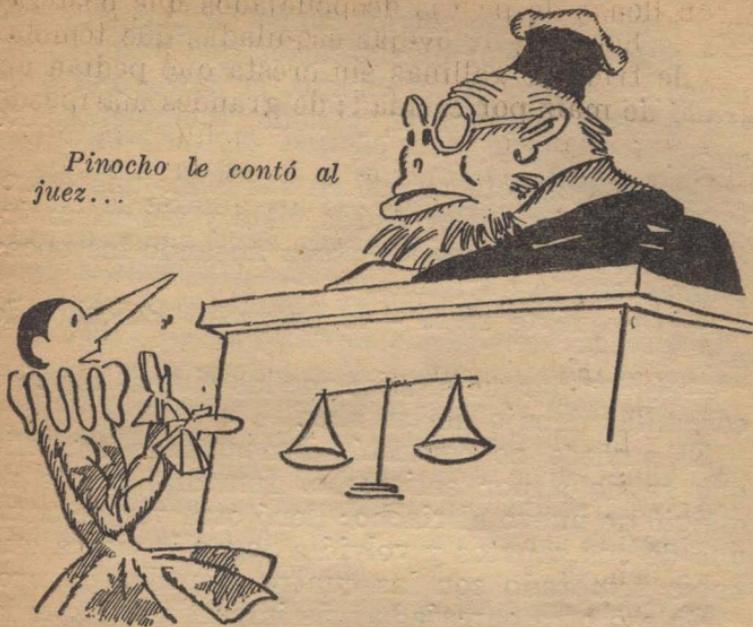
Pinocho, loco de contento, agradeció repetidas veces al Zorro y al Gato, y les prometió un lindo regalo.

## VIII

### *La prisión*

Pinocho regresó a la ciudad de Engañabobos y empezó a contar los minutos uno por uno. Cuan-

Pinocho le contó al  
juez...



do le pareció que habían transcurrido los veinte  
indicados, se dirigió nuevamente al campo mila-  
groso.

Mientras caminaba con paso acelerado, el co-  
razón le hacía "tictac, tictac", como un reloj de  
pared. Y pensaba:

—¿Si en lugar de dos mil monedas, encontrara  
en las ramas del árbol cuatro mil?... ¿Y si, en  
lugar de cuatro mil, fueran diez mil?... ¿Y si, en  
lugar de diez mil, fueran cien mil?... ¡Qué caba-  
llero poderoso sería! Podría tener un lindo pa-  
lacio, mil caballitos de madera, un sótano lleno  
de refrescos y una biblioteca abarrotada de ma-  
sitas, tortas, pan dulce, turrone y merengues.

Así fantaseando, llegó a las proximidades del

campo y se detuvo para ver si alcanzaba a distinguir algún arbolito con las ramas cargadas de monedas de oro. ¡Por más atención que puso, no vió nada!... Entró en el campo, se aproximó a la tierra removida por él, y nada, ¡completamente nada!

En ese momento resonó en sus oídos una estrepitosa carcajada. Levantó la vista y vió en un árbol un papagayo que se estaba alisando las pocas plumas que le quedaban.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Pinocho, de mal humor.

—Me río porque al alisarme las plumas me hice cosquillas debajo de las alas.

El muñeco no contestó, demostrando con ello que se daba por satisfecho. Inmediatamente se dirigió de nuevo al riacho; llenó otra vez de agua uno de sus zapatos y volvió a regar la tierra que había sembrado con las cuatro monedas de oro.

En eso otra carcajada más impertinente que la primera rompió el silencio del campo.

Entonces Pinocho gritó, enfurecido:

—¿Se puede saber, pájaro del diablo, de qué te estás riendo?

—Me río de los tontos que creen todo lo que les cuentan, y se dejan estafar por los que son más vivos que ellos.

—¿Lo dices por mí?

—Por ti lo digo, pobre Pinocho, que tienes tan pocos sesos, que crees que el dinero puede sembrarse y cosecharse como si se tratara de porotos o zapallos. Yo también una vez lo creí, y hoy sufro las consecuencias.

—¿Tú también?

—Sí, yo. Y, aunque demasiado tarde, me he con-

vencido de que, para hacerse honradamente de dinero, hay que saberlo ganar.

—Expílicate mejor —le dijo el muñeco, que ya empezaba a temblar de miedo.

—Es bueno que sepas —continuó el Papagayo — que, mientras tú estabas en la ciudad contando los minutos, el Zorro y el Gato volvieron a este campo, desenterraron las monedas de oro y huyeron con ellas como alma que lleva el diablo. ¡Como para alcanzarlos!...

Pinocho se quedó con la boca abierta.

Entonces, presa de gran desesperación, regresó corriendo a la ciudad y se fué directamente a los tribunales para presentar al juez la denuncia de que dos sinvergüenzas lo habían saqueado.

Pinocho le contó al juez, con toda clase de peros y señales, el fraude de que había sido objeto, dando el nombre y las señas de los malandrines y reclamando justicia.

El juez, que era un mono, lo escuchó con benevolencia; se interesó por el desarrollo del relato, y se estremeció cuando el muñeco llegó al triste fin. Entonces alargó la mano e hizo sonar la campanilla.

Inmediatamente aparecieron dos perros mastines vestidos de vigilantes.

El magistrado, señalando a Pinocho, les dijo a los policías:

—Este infeliz ha sido despojado de cuatro monedas de oro. Por lo tanto, métenlo en la cárcel.

\* \* \*

Cuatro meses permaneció encerrado nuestro muñeco. Cuatro meses que se le antojaron inter-

minables. Y allí estaría todavía si no hubiera ocurrido un hecho que fué providencial para él.

Sucedió que el emperador que reinaba entonces en el País de los Bobos obtuvo una gran victoria en un combate librado contra sus enemigos, y dispuso que se realizaran lindos festejos populares, con iluminaciones, fuegos de artificio, carreras de caballos y de bicicletas y otro sinfín de diversiones. Y, para que el régojijo fuera general, ordenó que se abriesen las puertas de las prisiones, y todos los malandrines que hubiera alojados en ellas salieran.

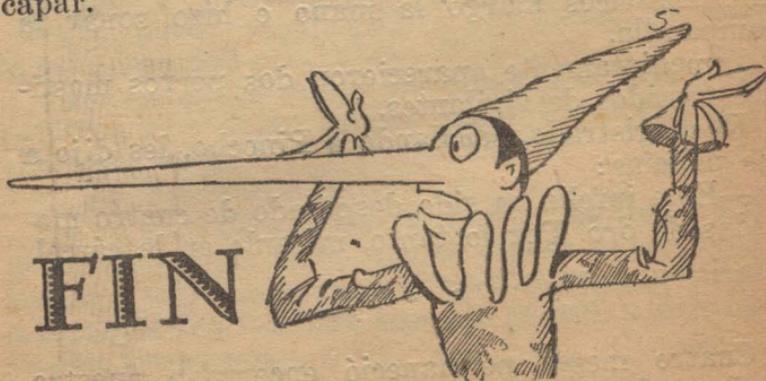
—Si los otros salen de la cárcel, yo también quiero salir —dijo Pinócho.

—Tú no sales —le replicó el guardián—, puesto que no eres un...

—Disculpe; yo también soy un malandrín.

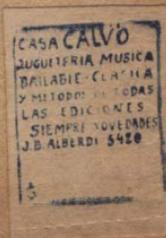
—En ese caso, no puedes ser menos que los demás —repuso el carcelero.

Y, quitándose respetuosamente la gorra, lo saludó, abrió la puerta de la celda y lo dejó escapar.



Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial Tor, el día 2 de octubre de 1944  
Printed in Argentina. Impreso en la Argentina

SC  
u'j  
C-LA  
10



COMILOS INMORTALES

LA ABEJA

10

